

LA PARTE OCULTA DE LA LOCURA

Se acercaba el final del año y aún no había encontrado ningún gigante al que dar caza, conocía el hábitat de los gigantes, las montañas, conocía su gran intelecto, y conocía todas sus tácticas de escondite y camuflaje.

El hecho de que no encontrase ningún gigante desde hacía más de un año cabía significar tres cosas: Ya los había matado a todos, cosa indudable ya que eran incontables y él, apenas había cazado a una decena que aterrorizaban varios pueblos; habían huido de aquellas tierras, cosa también impensable ya que eran las únicas cercanas que les podían satisfacer en cuanto a alimento se trataba; o la más posible, siendo contrario a sus pensamientos, no conocía todo sobre los gigantes. Lo más seguro es que hubiesen descubierto una forma novedosa de esconderse de los cazadores.

Corría el año 160 , y Leopoldo Zurrápali, de profesión "cazador de Gigantes", llevaba un año sin trabajo. Llevaba el largo pelo sucio, lacio y caído sobre los hombros. La escasa barba, del mismo color negro carbón que el pelo, parecía asomarse por su piel, ennegrecida de la suciedad. Gozaba de buen estado de forma, ya que, para su profesión, era necesario entrenar día sí, día también. Vestía humildemente, y cargaba constantemente con su gran mandoble que llevaba amarrado a la espalda y su gran saco que llevaba ataviado de diversos objetos que le ayudaban en su labor. Aún sin tener trabajo conseguía el alimento necesario en diversas tabernas siempre que enseñaba su certificado de cazador de gigantes.

Varios años atrás, extraño era el día en que no se escuchaba hablar de un ataque de uno o varios gigantes a diversos poblados, y con el fin de acabar con estos, su familia siempre se había dedicado a la caza de estos seres inhumanos, que se divertían atacando a pobres familias indefensas, robando sus cultivos y destruyendo e incendiando poblaciones de civiles. Pero todo eso había acabado, era el único cazador de las cercanías, y ya no recibía ningún encargo, solamente oía numerosos casos de desapariciones en ciertos lugares de la Mancha.

Todos los casos coincidían, se trataban de hombres jóvenes y fuertes, que iban a trabajar cerca de los molinos de viento y que nunca volvían. Leopoldo sospechó que podría tratarse de actos de los gigantes pero al llegar al lugar indicado, desistió de dicho pensamiento: no había cerca de los molinos ninguna montaña en la que pudiesen refugiarse los gigantes; por lo que pensó, se tratarían de actos de algunos bandidos, pero ése no era su oficio.

Agotado, por el largo viaje en balde que tuvo que recorrer en busca de gigantes, se refugió en una posada. Al estar lejos de su hogar, el certificado de cazador de gigantes fue tomado como burla y fue expulsado de allí. Era de noche y estaba sentado en el suelo apoyado en la pared de la posada cuando de repente escuchó muchas risas en el interior. Miró a través de la puerta y vio a un hidalgo, vestido estrafalariamente, muy alto y muy delgado, al lado de un hombre mucho más bajo y más gordo, que estaban en el centro de la habitación, mientras todos se reían de ellos. Leopoldo observó que no todo el mundo se reía, había un hombre sentado en

burra, y el caballo del hidalgo, de color blanco, no era esbleto, sino delgado. Aquella era una vista lamentable, y se arrepintió de haber aceptado el dinero. Se acercó a ellos para ofrecerles ayuda, ya que era un buen guerreo y podía ayudarles en sus andanzas, pero antes de que notasen su presencia, el hidalgo exclamó con voz en grito:

-¡Mira, allí!, ¡Ves a los gigantes, fiel escudero?

-No no los veo señor, solamente veo molinos.

-¡No son molinos, son gigantes disfrazados, los veo, son gigantes, son quienes secuestran a la gente desaparecida!

Acto seguido sin dar tiempo de respuesta al escudero, galopó con todas las fuerzas de su débil caballo hacia los molinos, donde quedó enganchado en una de sus aspas y salió volando, profiriendo un sonoro estruendo al caer al suelo. El escudero lo cogió y se lo llevó, murmurando y lamentándose del mal de su señor.

Leopoldo desde la lejanía observó como un hombre que permanecía agazapado tras un árbol, salió en busca de la pareja y ofreció ayuda al gordo escudero para llevar a su inconsciente amo a algún lugar donde pudiese ser curado. Leopoldo se dispuso a ir a ayudar, pero en ese momento algo, una idea, afloró en su cabeza: ¿y si el hidalgo, que para todo el mundo estaba loco, en realidad veía cosas que los demás no podían? ¿Y si aquellos molinos eran en verdad gigantes disfrazados?

Vio a los tres hombres alejarse hacia el pueblo mientras estaba escondido en la copa del árbol tras el cual permaneció agazapado el manco escritor, una imagen que le aterraba sin saber ningún motivo, por lo que decidió llamarlo "El Manco del Espanto".

Vio como esa misma tarde una pareja de chicos jóvenes iban a trabajar. Andaban atemorizados mirando en todas direcciones, temiendo el ataque de algún grupo de bandidos. Seguramente si no tuviesen que acudir a los molinos para obtener comida, no irían a trabajar, pensó Leopoldo. Los jóvenes llegaron sanos y salvos al molino y entraron en él. Nada ocurrió.

Permaneció allí sentado durante varias horas, hasta la caída de la noche pero los jóvenes no salían del molino. Se mantuvo toda la noche en vela pero ni aún así al día siguiente los jóvenes habían salido aún. Decidió acudir al pueblo para conseguir algo de comida y dormir durante todo el día, ya que al día siguiente quería acudir al molino y, si todo era como él pensaba, iba a necesitar mucha energía.

A la mañana siguiente, habló con los habitantes del pueblo con el fin de reunir algunos combatientes, pensando que en el molino había un gigante escondido. Todos lo trataron de loco y lo compararon con el "viejo chiflado de la posada de la otra noche". Aún así, algunas familias de los desaparecidos, lo trataron un poco en serio, y aunque no se decidieron a combatir con él, sí aceptaron a acompañarlo hasta el claro de los molinos.

No pudiendo aguantar más el agotamiento, cerró los ojos y durmió.

Una sacudida le despertó. El extraño hidalgo, cuando pasó por su lado y, debido a la oscuridad de la noche, tropezó con su pierna y cayó al suelo. Se levantó rápidamente y apuntó al cazador de gigantes con su lanza.

-¿Qué quieres vándido?-Gritó este- ¿Cómo osas atacar al más ilustre caballero que estas tierras han conocido?

-Excúseme señor, no era mi intención hacerle caer. Simplemente yacía aquí tendido un servidor, exhausto, muerto de hambre, sin nada que hacer. Lamento mucho el incidente, le ruego no me mate.

El hombre pequeño y gordo acudió en la ayuda de Leopoldo.

-No se preocupe caballero de la triste figura, este no es ningún bandido, es simplemente un pobre.

-Labor de un caballero es ayudar al que menos tiene, así que aquí tiene usted el valor de una cena, aunque lamento no poder pagarle también una habitación.-Dijo el hidalgo.

-Dios le bendiga buen hombre. Dichosos sean todos los caballeros que sean como usted.- Contestó agradecido Leopoldo.

Seguidamente el hombre gordo y el hidalgo se fueron y dejaron a Leopoldo otra vez solo. Mientras se incorporaba, vio salir a otra persona de la posada: era el hombre solitario de la esquina que escribía en el libro; y vio que iba en la misma dirección que la pareja mencionada. Leopoldo lo paró.

-¿Quién eres?-Le espetó-¿Y porque sigues al caballero de la triste figura?

-¿Caballero de la triste figura? Interesante...-el hombre apuntó algo en el libro.

-¡Te he hecho una pregunta!

-Soy un escritor simplemente y quiero recoger las hazañas de dicho caballero, aunque sólo él se llame así. Por favor, déjeme marchar, no le pegue a un hombre con una sola mano-dijo mostrándole un muñón en el brazo.

-Venga, ¡vete!

Tras conseguir una cena y dormir a la intemperie, al día siguiente volvió a partir, esta vez de vuelta a su casa. De camino, volvió a pasar cerca de los molinos y en la lejanía vio dos siluetas que le resultaron familiares. La más alta iba a lomos de un caballo también muy esbelto y la más baja y gorda, iba a lomos de lo que le parecía un burro, aunque seguramente, debido a la distancia, debería haber visto mal, pensó Leopoldo. Comenzó a correr hacia ellos con el fin de volver a agradecerle al caballero lo que hizo la noche anterior. Al acercarse, pudo observar como no se había equivocado, el hombre más gordo estaba sobre un burro, en concreto una

Unas horas más tarde, en dicho claro, se encontraban Leopoldo, un par de chicos jóvenes, seguramente hermanos de alguno de los desaparecidos, y unas cuantas mujeres mayores, madres o mujeres de estos desaparecidos.

Leopoldo se acercó al molino y nada ocurrió. Abrió la puerta, y la dejó abierta con el fin de que entrase algún rayo de luz que iluminase el siniestro interior del molino, aunque aún así, no podía ver más allá de su nariz. Se decidió a entrar, y en cuanto dio un paso, sintió un fuerte golpe en el costado que lo lanzó contra una pared. La puerta se cerró. Estaba en la oscuridad absoluta, así que sacó de su saco dos piedras mágicas que al chocarlas entre sí emitían una potente luz capaz de iluminar aquel espacio. Las chocó y vio al gigante. Era tres veces más grande que él, tenía los brazos muy anchos en proporción con el cuerpo, mientras que sus piernas eran muy delgadas y parecían no poder sostener todo su peso. Tenía dos cuernos en la cabeza, aunque diminutos, y una gran barriga que Leopoldo suponía llena de cadáveres de la gente que mataba.

Desenvainó su mandoble y ante el siguiente ataque del gigante, que le sacudió una fuerte palmada, reaccionó cortándole un dedo, aunque ni así pudo evitar el golpe, que lo lanzó contra otra pared. El cazador tenía un par de costillas rotas, el gigante había perdido un dedo. La habitación permanecía iluminada por las piedras del saco de Leopoldo. Este trató de salir a la llanura, ya que aunque le gigante contaría con mayor espacio para moverse, también le daría a él una ventaja, la luz. Un gigante que lleva varios meses escondido en un molino en la oscuridad absoluta, no podría luchar bien en el exterior. Trató de buscar la puerta, pero estaba detrás del gigante. Corrió hacia él y esquivando un potente puñetazo que aterrizó en el suelo, pasó deslizándose por debajo de sus pernas. Agarró el pomo de la puerta y tiró, profiriendo un estruendo los goznes de esta. Salió al exterior.

Las familias, al observar como el gigante furioso rompía la enorme pared del molino, cómo cogía las aspas y se las arrojaba al misterioso cazador, y cómo este aún así seguía plantando cara al monstruo luchando a muerte en la explanada, decidieron acudir al pueblo en busca de ayuda.

Leopoldo estaba débil ya que hacía mucho que no luchaba, aún así, su plan funcionaba: el gigante no veía en el exterior, y aunque le había lanzado las aspas del molino, había fallado por mucho. Él se lanzó hacia el gigante y le clavó su espada en el pie. El gigante aulló de dolor, y, al retirar la espada, cayó de espaldas. Leopoldo le realizó un corte en el brazo a la altura del bíceps para que no pudiese moverlo más, se subió en su pecho y le clavó la espada entre los ojos, matando así al gigante. El alarido que este profirió, hizo salir a más gigantes de los demás molinos. Leopoldo estaba muy débil como para vencer a cuatro gigantes más.

Cuando todo parecía acabado, escuchó un fuerte alboroto que provenía del pueblo. Eran las gentes que lo habían tratado de loco, que ahora acudían en su ayuda. Los gigantes, aturdidos por la luz exterior y atemorizados por toda la gente que acudía hacia ellos armados, miraron el cadáver del otro gigante en el suelo, que era el más grande de todos, y decidieron huir. Leopoldo trató de seguirlos, pero sus zancadas eran mucho más pequeñas que las de los gigantes y no pudo seguirles el ritmo.

Regresó al pueblo donde fue aclamado por todos, fue pagado, aunque él no pedía nada, fue alimentado, hasta se le ofreció una casa.

Se le acercó un hombre gordo que le dijo:

-Le estamos muy agradecidos, nos encantaría que se quedase a vivir aquí, así nos podría defender de más ataques.

-Antes de marchar esta mañana, era un loco, ahora soy un héroe. Gracias pero no. Tengo que buscar al mayor loco de todos, porque yo he descubierto que no está loco, sino que es el mayor cuerdo.

-Si así lo desea, no se lo impediremos, pero dígame, ¿hay algo más que podamos hacer por usted?

-Sí-dijo el cazador mientras se daba la vuelta.

Una vez estaba de espaldas, ladeó la cabeza de modo que solo veía al alcalde con el ojo izquierdo y dijo:

-Recuerden: En un mundo loco, sólo los locos están cuerdos.

Y comenzó a andar, alejándose del pueblo, en rumbo a lo desconocido, con el objetivo de encontrar al hombre más cuerdo del mundo o de seguir con su trabajo, sólo el destino le diría qué ocurriría primero.